

**JACK
HULBERT
LEONORA
CORBETT**



**LA NOVELA
DEL CINE
MODERNO**

**AMOR
SOBRE RUEDAS**

**20
CTS**



SAVILLE, Victor
AMOR SOBRE RUEDAS

DELICIOSA COMEDIA INTERPRETADA POR:

JACK HULBERT Y

LEONORA COLBERT

"Love on Wheels," 1932

Producción:

"GAUMONT BRITISH"

Distribuida por:

MEILER FILMS S. L.

Provenza, 231.—BARCELONA

Ediciones exclusivas para
"La novela del Cine moderno"

FILMS SONOROS DE CALIDAD
ALTA PRODUCCION UNIVERSAL

PROHIBIDA
LA REPRODUCCION

Ediciones Marco: Unión, 21.-Barcelona.

Amor sobre ruedas

ARGUMENTO DE LA PELICULA

El autobús de las ocho sale para Londres lleno de oficinistas y empleados de los grandes bazares, que diariamente coinciden hasta que en unos nace la amistad, y en otros, como en nuestra historia, el amor.

A Fred Hopkins, un muchacho lleno de simpatía, hoy le han quitado el sitio en el autobús y ha debido de tomar asiento cerca del conductor. El muchacho, triste y pensativo, no deja de mirar ni un momento a una linda viajera que ocupa uno de los asientos delanteros.

El conductor se dirige a nuestro protagonista, y le dice sonriendo:

—Le han quitado el sitio hoy. ¡Tiene que madrugar más!

—Si me levanto al amanecer...

—¡Ya le di en el clavo! Usted debe "revelarse". Sí, debe prosperar y hacer grandes cosas... ánimo! Venga un esfuerzo. ¡Si no qué dirá ella!

—¿Quién?

El conductor con un gesto característico le dice:

—Ya lo sabe usted. La chica que estudia música... La que le hace pensar... Mire, ahora el que estaba sentado a su lado va a apear-se. Aprovechélo y no sea tímido.

Efectivamente el asiento contiguo a la linda viajera
A. R. 3

ha quedado vacío y Fred va a ocuparlo apresuradamente. Un cambio de miradas de dos personas que no se han hablado nunca, pero que se conocen desde hace tiempo.

Ahora el autobús recorre entre grandes jardines. El muchacho se decide a hablar:

—Mire; El Battersea Park... Las flores aromosas, los árboles corpulentos, me inspiran "grandes cosas". —Yo adoro dar vueltas por el parque. ¿Y usted, señorita?

—También me gusta a mí.

Esta conversación se repite uno y otro día. El muchacho no se atreve a más o quizás no tiene otro repertorio ante aquella muchachita. También—¿por qué no decirlo?—el trayecto no les deja más. Al llegar a la frase citada el autobús ha llegado al término del viaje.

Al conductor se le ha metido en la cabeza que aquella pareja terminará en la vicaría. "No será la primera—se dice—que terminen así. Hay un gran contingente de matrimonios que se han conocido en los autobuses y metros. Siempre a la misma hora, y así todos los días. La suerte o la desgracia ha empezado sobre las ruedas de un vehículo urbano.

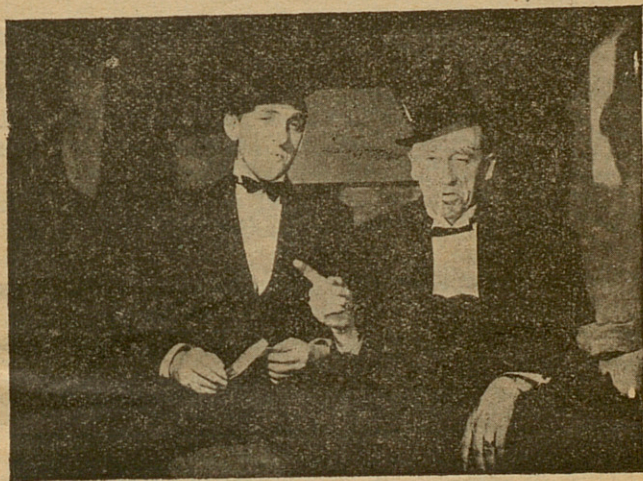
La conversación continúa y él la dice que está colocado en los grandes almacenes Gallops, como jefe de Publicidad. El autobús ha llegado a su límite y se despiden.

Miss Russell, que así se llamaba la linda viajera del autobús, era desde hacía unas semanas la preocupación de Fred. No había un momento que dejara de pensar en ella. En la tienda donde prestaba sus servicios, en la calle, en el autobús, en su casa, en fin, su pensamiento giraba en torno de aquella deliciosa muchachita.

Pero cuando Fred se encaraba con la realidad, una amarga pesadumbre se apoderaba de él. Analizaba su triste situación. Sencillo dependiente, no se encontraba ni mucho menos en condiciones para po-

4 A. R.

derse casar. Claro está que él tenía ambiciones, pero la vida no le había sido hasta hora muy risueña que digamos. Además, en todo enamorado hay una superadoración por el motivo de sus inquietudes. Siempre le parece poco lo que puede ofrecerle.



El alma de Fred estaba atormentada por aquel amor.

Todas estas reflexiones, y otras que más tarde conoceremos las causas, se las hacía Fred, aquella mañana momentos después de haberse despedido al descender del autobús, de miss Russell.

Con todo, iba satisfecho, radiante, feliz. La mañana era espléndida y por fin había tenido un rato de charla con ella.

Caso curioso, encontraba a todo el mundo simpático y a las mujeres más hermosas que nunca. Pero nada más que eso. Las encontraba simpáticas y guapas

A. R. 5

pero indiscutiblemente ninguna comparable con "ella".

"Sí, sí—se decía.—Hay que mejorar de condición sea como sea. En esta situación no puedo seguir ni un momento más".

Y después de forjarse una serie de bellas ilusiones, continuó:

"¡Si yo pudiera llegar a jefe de Publicidad!... Jefe de Publicidad! Yo he nacido para jefe de Publicidad. Tengo aquí, en mi cabeza ideas formidables para llenar de millones a la casa que supiera explotarme... Pero no soy comprendido, porque mis jefes son mezquinos y de ambiciones limitadísimas..."

Fred tuvo que poner fin al monólogo porque había llegado ya a los almacenes Gallops.

* * *

Fred, el simpático Fred entra en los grandes almacenes Gallops, donde presta sus servicios.

Una señora cliente de la casa se dirige al gerente para hacer una reclamación.

—Estoy disgustadísima. Yo pedí, bien claro, un rorró que dijese, "Mamá"... y al llegar a casa, qué cree usted que dijo?

Ante la expresión de ignorancia del gerente, la señora continuó:

—Pues dijo, "Papá"... ¡Y pensar que yo me divorcié hace tres años!

Ante esta explicación, el gerente se decide a llamar al dependiente que ha disgustado a la cliente y manda a buscar a Fred Hopkins. Aparece el joven con un aspecto tímido, temeroso, estudiado. El gerente le reprimina diciéndole que es un enemigo de la paz doméstica. Ante las disculpas del muchacho, el gerente enérgico añade:

—¡Excusas, eh? ¡Demasiado tarde! Está usted despedido.

El muchacho implora:

—Señor, yo no quiero salir de Gallops. Aquí aprendí a ser eficaz.

6 A. R.

El gerente, severo, lo despide nuevamente, y muy atento dirigiéndose a la señora:

—Señora, en esta casa procedemos así: *el cliente tiene siempre razón*.

No se crean ustedes que a Hopkins le hayan despedido. La organización de la casa Gallop, ideó la manera de tener contenta la clientela creando una plaza de "comodín". Un cliente descontento se queja a la dirección por cualquier servicio de la dependencia? Pues llaman a Hopkins y le echan un escándalo mayúsculo. Que el cliente no se conforma con esto? Pues despiden al dependiente. Y el cliente se queda satisfecho y promete volver a aquellos almacenes donde a una reclamación de él llegan a echar en la calle al empleado.

Y este es el papel, no muy simpático por cierto, reservado al simpático Fred.

Pero Fred está harto de aquel trabajo que considera humillante, y además él se cree con méritos para aspirar a más, incluso a jefe de Publicidad.

Y cuando repite esta palabra le viene a la memoria aquella joven que casi todos los días hacen el viaje juntos en el autobús..

Han trasladado a Fred a otro departamento. El muchacho en el tiempo que lleva trabajando en la casa ha recorrido todas las secciones.

Un compañero al verle en su sección le pregunta: —¡Hola, Fred! ¡Mucho trabajo?

Fred, que ya le carga el papel que desempeña en aquella casa, contesta de malhumor:

—¡Demasiado! Estoy harto del oficio de comodín. Al mejor día lo mando todo a rodar.

El compañero le dice que hay que tener paciencia.

—Montar escaparates—sigue Fred—: ¡he ahí mi arte!... El escaparate es la base del comercio! ¡Imán del dinero!... ¡Si yo me atreviera!...

A. R. 7

—¿Por qué no hablas con el gerente y le cuentas tus pretensiones?

—Es verdad. No había caído. Voy a hablar con el gerente. A ver si lo arreglo de una vez.

Fred resuelto se dirige al despacho del director. Pero una vez en presencia de éste, coge un miedo atroz. De su boca salen las palabras, tímidas, sin ninguna convicción. Empieza diciéndole que descarta cambiar de trabajo, que le destinaran al montaje de los escaparates.

—¡Oh, míster Philpoth—añade—, el escaparate es mi vocación!

El gerente, mirando a su empleado con cara severa, le contesta:

—De ninguna manera. Como cabeza de turco es usted insustituible...

Y señalándole la puerta termina la frase, que para Fred es un mazazo:

—¡Su cara de imbécil no tiene rival!

* * *

Al salir del despacho del gerente, Fred ha sido llamado por un compañero que le ha dicho:

—Hopkins, vaya al departamento de música.

Fred se dirige al citado departamento donde encuentra una señorita que, con marcado acento italiano, le dice indignada al jefe de la sección, mientras en sus manos muestra un disco de gramófono:

—¿Es esto decente? ¿Se puede tolerar? Es este un disco per una signorina? Oiga usted qué letra más grosera:

*“¿Usamos la camisa
al irnos a la cama,
o blusa y calzoncillos
que llaman el pijama?
O blusa y calzoncillos
bien amplios de fondi... de fondi... fondi...”*

El jefe, con una cara de circunstancias se dirige severamente a Fred reprochándole el inalficible pro
8 A. R.

ceder de él al entregar a una señorita un disco con una letra tan procaz.

El muchacho intenta disculparse, dando toda clase de satisfacciones a la ofendida. El jefe siempre severo le interrumpe bruscamente:

—Excusas, ¿eh? ¡Demasiado tarde! Está usted despedido.

Fred, con aquel acento estudiado de súplica, implora:

—¡Señor, yo no quiero salir de Gallops! Aquí aprendí a ser eficaz... Gallops es la más perfecta organización del mundo.

Pero el jefe con un ademán enérgico le atajó:

—¡Fuera!

La cliente, compadecida del muchacho, quiso interceder.

—Seguramente ha habido un error...

—Señora, el cliente tiene siempre la razón.

—La verdad... yo no quisiera que ese joven...

—Señora, el cliente tiene siempre, siempre razón.

La escena anterior se repite durante el día diez o doce veces. Un día entra en el almacén miss Russell, la muchacha del autobús. A su lado una señora expone sus quejas al gerente. Como de costumbre, llaman a Hopkins y le echan la gran escandalera, terminando la frase de ritual de “queda usted despedido”.

La muchacha se compadece del joven y va a su lado:

—Créame, Fred, que lo siento de veras. Dígame, ¿por qué le despiden?

—Ese es mi oficio; cargar con el mochuelo.

—¿Cuántas veces lo despiden por día?

—Unas quince veces; los sábados como hacemos semana inglesa, siete y media.

—¡Qué curioso!

—...Y los sábados por la tarde me voy al parque.

—Dígame, ¿por qué lo despiden?

Y Fred, distraído, responde:

—...Me voy al Battersea Park a dar vueltecitas.
 —Bien; ¿mas por qué lo despiden?
 —Se es mi oficio. Ya se lo he dicho: "cargar con el mochuelo".
 —Lo hace usted admirablemente. ¿Por qué lo escogieron para tal puesto?



La impertinencia de los clientes había obligado...

—Por mi cara de imbécil.
 —¿Pero no es de verdad?—añade sorprendida la muchacha.
 —No, es solamente para dar satisfacción a la clientela...
 —Usted se merece algo mejor. ¿Por qué no intenta buscarse otro empleo?
 En este momento otro dependiente se acerca al grupo y dirigiéndose a Fred le dice:
 —Mister Hopkins, corra, le llaman para despedirlo.

10 A. R.

La muchacha sonriendo se despide de él diciéndole: "Adiós, hasta el ómnibus".

Miss Russell era la hija única de unos acomodados industriales. La muchacha tenía una afición profunda para la música. Todos los días, y a la misma hora salía de su casa para dirigirse a una academia de música donde cursaba los estudios de piano. La muchacha, ya se había dado cuenta de las insistentes miradas de Fred. Pero una mujer bonita ya está acostumbrada a estas cosas, y como por lo demás el joven no le había dicho aún nada... Pero a ella no le era del todo indiferente el compañero del autobús.

Ahora, después de conocer la verdadera ocupación de Fred, sintió como una especie de simpatía más acentuada para él. Pensaba que era lástima que un muchacho tan agradable y que parecía además inteligente ocupara un lugar tan humillante en aquellos grandes almacenes. Era una lástima, pero ella qué podía hacer?—se decía.

Consultó su reloj pulsera y advirtió que era tarde. Decidió coger el autobús, en vez, de como hacía todos los días al regreso ir a pie. Se dirigió a la parada y esperó el primer coche. Al subir se dió cuenta que era el mismo turno que el de la mañana. Charlie, que así se llamaba el conductor al advertirla la saludó sonriente. La muchacha se fué a sentarse al asiento lindante al conductor. Este, después de saludarla le preguntó si había vuelto a ver a Fred.

—Precisamente ahora vengo de los almacenes donde está empleado. Por cierto que el muchacho había pasado un mal rato.

Y miss Russell explicó a Charlie lo que había presenciado en los almacenes. Al principio la joven contó el hecho con un tono apesadumbrado, pero a medida que iba hablando sus facciones se iban aclarando con una sonrisa franca. Y terminó:

—Primero me reí de él... pero... ¡me miró de un modo tan lastimero!... Me di cuenta entonces de...

A. R. 11

El conductor oportuno no le dejó terminar la frase:

—¿De por qué toma el ómnibus en vez del metro?

Miss Russell se sonrojó visiblemente. Para disimular su turbación dijo:

—Créame usted que lamento el mal rato que habrá pasado el pobre. Se merece otra cosa.

* * *

Nuevamente es llamado Fred para una reclamación en la sección de batería de cocina. Ante el jefe de la sección Fred es amonestado seriamente.

—Oiga, Mr. Hopkings. La señora pidió una tetera y usted le ha mandado un biberón. ¿Cómo se explica eso, eh?

Fred tranquilo le responde:

—Dentro de un par de horas lo sabrá.

—¿Qué es lo que dice?

—Lo que ha oído... ¡Ya no soy más el hazmereir de la gente! ¿Se entera?...

—¡Basta, Mr. Hopkings!...

—¡No basta!

—El sábado le arreglarán su cuenta en la caja... ¡No quiero ver más su cara!

—¡Ni yo la suya!

El muchacho, ante el asombro del jefe de la sección y la cliente, ha desaparecido del departamento.

Esta vez Fred ha sido despedido de verdad.

A la salida de los almacenes, el muchacho ha querido dar una vuelta con el autobús. El conductor le dice que la muchacha le ha contado la escena que presencié en la casa Gallops y que se compadeció de su triste suerte.

Charlie empleó en sus manifestaciones un gran caudal de optimismo para alegrar al muchacho. Este se sorprendió del interés que se había tomado la muchacha por él, y su alegría fué inmensa cuando el conductor le explicó su turbación al decirle el por 12 A. R.

qué Fred tomaba el ómnibus en vez del metro. Fred, repitió:

—¿Por qué tomo el ómnibus en vez del metro? Es verdad, antes siempre tomaba yo el metro; es más rápido y el servicio más permanente... Pero desde un día que la vi en el ómnibus, ya no he dejado de cogerlo ni una vez... Y ¿por qué no le puede ocurrir a ella otro tanto, por qué?

—Pues claro, muchacho. Usted le gusta, esto está a la vista... Si hubiera oído decirle con aquella voz dorada: "Créame usted que lamento el mal rato que habrá pasado. Se merece otra cosa..." Sus palabras eran sinceras...

—¿Verdad que sí, que su voz es dorada?

Y el conductor sabiendo que iba a decir una mentira, hizo por toda contestación:

—Me ha dicho además que le inspiraba usted una viva simpatía.

—¿De verdad dijo esto? — exclamó Fred gozoso, pero súbitamente se entristeció. ¿Qué iba a sacar de todo aquello? Si días antes se dolía de su poco porvenir, ahora su situación no podía ser más desconsoladora. Estaba sin trabajo y ni tan siquiera tenía posibilidad de encontrarlo. Cómo iba a pensar en comprometerse con aquella muchacha, que además por su aspecto debía de ser de familia acomodada y por lo tanto tendría otras aspiraciones?

Mientras Fred se hacía estas reflexiones el conductor lo estaba contemplando compasivo. Después Fred le dijo:

—Miss Russell le ha contado el papel poco brillante que desempeñaba en los almacenes Gallops. Pero ahora ni esto me resta. Acaban de despedirme de verdad, y por lo tanto estoy cesante. ¿Qué puedo esperar? Ya no la veré más...

—No se acobarde, joven. La vida empieza para usted. Con voluntad no hay nada que falle, créame. Voluntad, voluntad y la chieca será para usted.

Fred, movió la cabeza lentamente y murmuró:

—No saldré de casa. Pero no le diga nada a ella de todo esto...

—No sea cándido... Yo conozco a las mujeres... Llevo veinte años pica que pica billetes... Ante ellas hay que crecerse.

* * *

SE NECESITA UNA PIANISTA. RAZON EN EL LIBRE CAMBIO, CALLEJON DE SOHO

Miss Russell, subió aquella mañana en el autobús, y cuando se le acercó el conductor, la muchacha le mostró un periódico que publicaba el precedente anuncio.

—¿Usted buscando colocación? ¿Para qué?

—Para lo que se buscan... generalmente. Dígame. ¿Usted conoce esta casa?

El conductor hizo un poco de memoria, y al cabo de un momento arrugando el entrecejo, le dijo:

—Ese club no es para usted, miss Russell.

—¿Por qué no?

Y el buen hombre le dió algunos detalles de la clase de gente que frecuentaba aquel salón.

La muchacha agradeció el consejo y bajó del autobús.

* * *

El sábado siguiente, último día que a Hopkings le quedaba de trabajar en los almacenes Gallops, para vengarse, trató a la clientela de la peor manera que supo.

Estaba en el departamento de música, cuando entró un antiguo cliente.

—¿Tan temprano y atareado ya, Mr. Hopkings?

—¡Horrorosamente atareado!

—¿Demasiado ocupado para atenderme?

14 A. R.

—De ninguna manera. ¿Qué es lo que se le ofrece?

—Quiero comprar música.

Fred, acercándose al cliente con voz baja, le dijo:

—Para eso le convendría más fuese al almacén de la esquina.

Y el cliente sorprendido salió del local sin haber hecho ninguna compra.

Más tarde, entró en la sección la señorita italiana del disco.

—¿Oh, signor Hopkings! ¿De nuevo en la casa?

—No haga usted caso. Es un truco. Para que vea usted la consideración que les merece la clientela, me han ascendido. Yo no comprendo, señorita, cómo aún viene por esta casa.

Y así toda la mañana.

* * *

Al otro lunes, Fred se dirige a una tienda para comprarse un sombrero. El tal comercio está situado enfrente de la casa Gallops, y a decir verdad, los dueños están a punto de cerrar porque no entra un cliente ni por casualidad.

—Quiero un sombrero.

Uno de los jefes, al ver entrar un cliente acude rápido a ponerse a sus órdenes. Le presenta algunos modelos que no acaban de agradar a Fred.

El muchacho dice al fin que quiere un modelo que ha visto en uno de los escaparates. El empleado le acompaña hasta el sitio indicado y le dice que escoja. Fred coge el sombrero y se lo prueba. Después da una mirada al escaparate, y de pronto ante el asombro del empleado salta dentro del escaparate y revuelve todo el género.

—¿Qué hace usted, hombre?

—Déjeme. Así comprendo que no entre nadie en estos almacenes. Tienen ustedes abandonados los escaparates.

Y Fred en unos momentos arregló el escaparate de forma admirable.

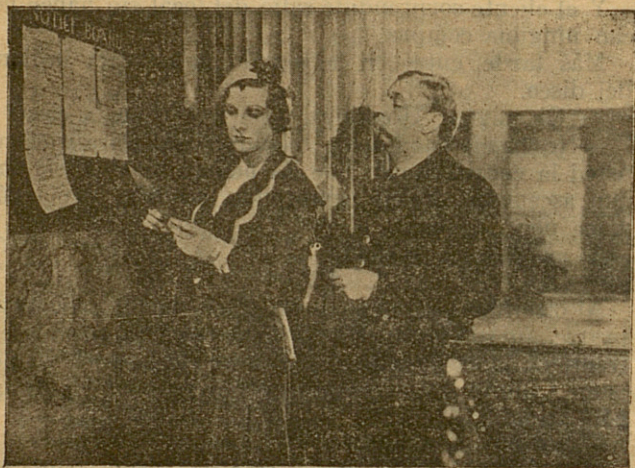
A. R. 15

El jefe asombrado, le dijo:

—¿Usted sabe arreglar escaparates?

—¿No lo ha visto usted? Es mi vocación. Aguarde; déme unos cuantos pares de medias.

—Es inútil. En esta casa no se venden medias.



Miss Russell no puede resistir el ambiente de cafetín y solicita un empleo.

—¿Qué no? Puede usted concederme cinco minutos nada más?

Ante el aspecto triste del negocio a Fred se le ocurre la idea de ofrecer sus servicios como jefe de Publicidad. El dueño acepta y el muchacho se dispone a cambiar radicalmente la organización de la casa.

Empieza por limpiar los escaparates de los géneros pasados de moda e idea un truco que ha de rendir a la casa óptimas ganancias.

En uno de los escaparates más visibles de la tienda coloca a una muchacha de piernas atractivas que, a fuerza de quitarse y ponerse medias, enseñando lo

16 A. R.

que puede, consigue que la aglomeración sea tal, que hasta el tráfico es víctima de la idea del nuevo empleado.

* * *

Miss Russell hace unos días que no se encuentra a Fred en el autobús. Hoy el conductor se acerca a la muchacha y le habla del joven. Ella temerosa le pregunta:

—¿Lo han despedido de veras?

—¡Ca, señorita! Lo han ascendido. Ha mejorado mucho de posición... Prospera que es un gusto... Lo puede usted creer... Le han aumentado el sueldo...

Y la muchacha, incrédula, le interrumpe:

—Y tiene subordinados, no?

—¡Todo el personal! Es el jefe-director de Publicidad.

La muchacha al bajar del ómnibus no creyendo las palabras del conductor, piensa:

“¿Por qué no me ha dicho ya que es el amo?”

* * *

Fred, que ha vuelto a coger de ordinario el autobús, ha perdido de vista a la muchacha e indaga dónde puede encontrarla. Sus pesquisas resultan inútiles. Por fin se entera que al padre de la joven le han ido mal los negocios y ha tenido que declararse en quiebra.

Una vez con la dirección de la casa donde vivía la rubia, se dirige a los porteros preguntando por la muchacha y le responden que la familia Russell ha desaparecido sin dejar señas.

Esta noticia ha conmovido al simpático Fred, que cada día piensa más en la muchacha. “Ahora — él piensa—sí que podría ofrecerle mi ayuda, mi amparo... ¿Qué será de ella?”

A medida que iban pasando los días, el amor que miss Russell había despertado en Fred, se acrecentaba. Todos sus recuerdos eran para la amada. Cualquier detalle, el trayecto del autobús, un monumento,

A. R. 17

el Battersea Park, le recordaban a miss Russell.

Llegó un momento que desesperó por su mala estrella, pues llegó a pensar que ya no la vería más. Se imaginó que quizás después de la ruina de su familia se habría ido de Londres. Este pensamiento entristeció sobremanera a nuestro Fred.

Las horas que le dejaban libres los almacenes, las dedicaba Fred a recorrer las calles de la capital, incluso los barrios más apartados para ver si encontraba a la joven. Había noches que llegaba a su casa cerca de las diez, sin haber encontrado ni un indicio ni rastro de miss Russell.

Estos últimos días, cuando Fred subía al ómnibus, después de cambiar el saludo con el conductor, no se atrevía ya ni siquiera a preguntarle si la había visto. El bueno de Charlie, sabía la emoción del muchacho y le decía que confiase, que esperase, pues tenía la seguridad que la volverían a encontrar.

Fred había llegado a sentir un profundo cariño con el conductor, ya que merecía a él pudo entrar en relaciones con la chiquilla. Además, estaba seguro que aquel hombre compartía su tristeza. No había más que verle desde hacía unos días. Ya no dirigía a los pasajeros las frases alegres de otro tiempo que ayudaban a recorrer el trayecto.

También en la casa de huéspedes donde vivía Fred, notaron el cambio operado en el muchacho. A menudo le preguntaban el motivo de su tristeza, pero él siempre contestaba con evasivas. Decía que estaba preocupado por la marcha de los asuntos de la casa donde trabajaba. Sus compañeros y aún la dueña de la casa, no por eso daban crédito a las justificaciones de Fred. Barruntaban que había de por medio unas faldas y esto hacía aumentar su curiosidad y su interés por averiguar "de verdad" lo que le ocurría a aquel joven que siempre habían conocido tan alegre. Pero por mucho que insistieron en sus preguntas no averiguaron nada. Fred guardaba—desde que no veía a miss
18 A. R.

Russell—en el fondo de su corazón el secreto de sus inquietudes.

* * *

Los negocios en la casa Gallops ya no son los prósperos de antaño. Su rival, la tienda en que trabaja Fred, se le ha llevado casi toda la clientela. La Dirección de Gallops, enterada de que gracias a Hopkings, la tienda de enfrente ha acrecentado sus ventas, le ofrece una buena plaza en su casa. Ahora Fred, se lo quiere hacer pagar y exige el cargo de gerente. La Dirección se resiste y Fred decidido ya a marcharse.

—Espere un momento—le dice el gerente, que es a la vez uno de los principales accionistas—. Le doy diez y siete libras por semana y un mes de vacaciones al año.

—¡Cinco semanas de vacaciones!

Fred, hace un nuevo ademán para marcharse y el gerente insiste:

—Libras diez y nueve y seis semanas de vacaciones.

Fred, rápido, replica:

—¿Más la gerencia del departamento?

—Aceptado.

Fred ha conseguido el máximo a que podía aspirar.

Ahora el gerente, una vez firmado el contrato le dice sonriendo a Fred:

—Confidencialmente; ¿por qué ha insistido tanto sobre la gerencia?

Y Fred, guiñándole el ojo, contestó:

—Para que sea verdad una mentirilla que se me escapó.

El gerente comprendiendo que se trataba de una mujer, le dijo:

—¡Ah, bribón! ¿Es muy guapa?

Y ante la cara feliz del muchacho, el gerente terminó, dándole una palmada cariñosa en el hombro:

—¡Mi enhorabuena, Fred!

* * *

Mientras tanto, miss Russell, para ayudar a los gastos de su casa no ha tenido más remedio que entrar a trabajar de pianista en un café donde se reúne gente de mal vivir. Ella se da cuenta del ambiente en que ha caído y se decide a las horas que su trabajo le queda libre buscarse otra colocación.

Un día se tropezó con el conductor Charlie, que al verla se fué directamente a ella. El buen hombre pensaba ya en el alegrón que iba a dar a Fred cuando le contase el encuentro.

—Buenos días, señorita...

—¿Usted Charlie? Qué casualidad.

—Tenía muchas ganas de verla... Créame usted. Hace tanto tiempo que no sube usted en "mi" autobús! Llegué a pensar si se había ido usted de Londres.

—Nada de eso. Unicamente que ya no hago el trayecto de antes.

—¿Ya no va usted a la academia?

—No, ya no voy. Se lo dije a usted.

Hubo una pausa. El conductor ante el silencio de la muchacha, no se atrevía a preguntarle dónde se la podía ver. Claro que a él no le iba ni venía nada, pero pensaba poder dar una alegría a Fred y se decidió a averiguar fuese como fuese.

—¿Ha encontrado ya usted trabajo?

—Sí, estoy empleada desde hace tres semanas.

—¿En unos almacenes?

—No. Toco en...

—¿En una orquesta?

—Sí..., una orquestita muy reducida.

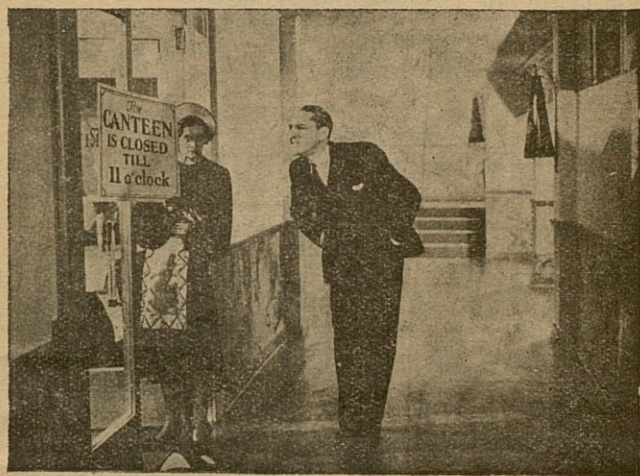
El conductor, guiñándole el ojo, le dice:

—Ciertó sujeto se alegrará de saber en dónde...

20 A. R.

—Se quedará con las ganas.

—Hace usted mal, señorita, tratándole así. Si usted le viera cómo sufre. No piensa más que en usted, créame. Ha intentado de todas las maneras averiguar su paradero sin resultado. Cuando le diga que la he visto



—¿Usted es mi alma, mi vida toda!

se va a poner muy contento. Ahora Fred ha prosperado y todo su afán es encontrarla a usted...

La muchacha había perdido toda la confianza en Fred, pues le había engañado varias veces. Por eso, ahora, a las últimas palabras del conductor, le contestó irónicamente:

—¿Sí, eh? ¿Conque ha prosperado? Vaya pues me alegro...

—Fred Hopkings es muy buen muchacho, ¿por qué le da usted de lado?

—Porque aborrezco los hombres que dicen ser lo que no son.

A. R. 21

Y la muchacha desaparece sin dar tiempo a que el conductor le explique el caso.

La muchacha se dirige al "Libre Cambio" que es el nombre del café o tabernucho donde presta sus servicios. El aspecto del local ya da una idea casi exacta de la gente que frecuenta aquel lugar.

Tres hombres de aspecto repugnante al ver a la nueva pianista se acercan a ella con intención de abrazarla.

Una mujer, una miserable mujer, se interpone y les echa en cara su proceder.

—¿No les da vergüenza... tres hombrachos contra una muchacha?

—Es que somos los propietarios.

Miss Russell, ya no puede aguantar más aquel ambiente del cafetín, y se dedica presurosa en busca de un nuevo empleo. En el periódico lee un anuncio que la casa Gallops, necesita una dependienta para su sección de música. La muchacha se dirige a los grandes almacenes, y después de una larga conversación con el jefe de la sección, éste le dice:

—Trato hecho. Mañana, a las nueve, en el departamento de música, para demostrar canciones en el piano.

Y la muchacha, radiante, abandona los almacenes, pensando que ya no tendrá que tratar más con la gente del café.

Al otro día, Fred Hopkings, haciendo una inspección en los almacenes descubre a la muchacha en el departamento de música. Pregunta a un empleado quien le dice que aquella señorita es la nueva dependienta.

Decidido se acerca a ella y le dice que no la ha olvidado, y que nunca había sido tan feliz como cuando hacían los viajes juntos en el autobús.

Ella, esquivando, le contesta:

—¿No tiene usted otra musiquita?

—¡Si es tan linda! Fué mi favorita...

—La mujer se acerca a miss Russell y le dice:

—Un consejo; lárguese la señorita. Aquí no conseguirá nada bueno.

La muchacha para terminar la conversación le pregunta si ya vuelve a estar otra vez en la casa.

El muchacho, sin darle importancia, responde:

—Sí..., soy el jefe.

—Cambie el disco, joven—responde la muchacha temiéndolo nuevamente que le esté mintiendo. Y lo deja plantado.

A miss Russell, le han asegurado que Fred no mintió. Que es verdad que es el nuevo jefe de la casa. Y la muchacha se arrepiente de la desconfianza con que le ha tratado.

Los días transcurren y Fred continúa pensando en su linda compañera, con quien desde hace unos días a la salida de la oficina hacen el viaje juntos por aquellos parques tan llenos de venturosos recuerdos.

Una tarde, como de costumbre sentados en el ómnibus, distraídos, no se han dado cuenta de la presencia del conductor, quien bajito les pregunta:

—Habéis llegado ya a una decisión?

La respuesta se la da la linda joven que ofrece sus labios a Fred, diciendo:

—Sueño que seré tuya...

Y el buen conductor, sonriendo, bonachón se aleja, mientras el autobús recorre los magníficos jardines del Battersea Park.

FIN

PROXIMOS NUMEROS:

La emocionante producción:

VALSES DE ANTAÑO

por

GUSTAU FRÖLICH y
MARIA PAUDLER

-- Y

La magnífica producción:

EL PROFUGO

Interpretada por:

LUPE VELEZ y WARNER BAXTER



17-0



UNION, 21.—BARCELONA